

## BELÉN DEL ROCÍO MORENO "Las Cifras del Azar"

Una lectura psicoanalítica de la obra de Álvaro Mutis\*

Planeta Colombiana Editorial, 1998



Después de varios años de haberme encontrado por primera vez con la obra del poeta Álvaro Mutis, entrego hoy a ustedes, bajo la forma de un libro, las reflexiones a que me condujo. Se trata de un recorrido iniciado con una pregunta muy sencilla y, a la vez, sumamente compleja: ¿Qué azar tiene la potencia de transformar un destino? Pregunta surgida de la lectura de su obra. Si tantas referencias existen en su producción literaria al azar y al destino ¿quién si no el poeta puede aportarnos respuesta a semejante enigma?

Una vez la pregunta tomó su lugar para acompañarme en muchas jornadas, recurrí al camino más inmediato. Recordé algunas definiciones explícitas de Mutis sobre ese dios sin corazón ni memoria que una vez incorporado a la vida no hace más que afirmarla. Así resonaron algunas palabras de *Tríptico de mar y tierra*: "[...] los ocultos resortes que mueven el incierto mecanismo que los inocentes llaman azar"<sup>1</sup>. Pero gracias a que tal recuerdo no bastó y a que la promesa que hacía la obra del poeta seguía viva, fue posible encontrar al azar agazapado bajo otros nombres y otros rostros. Son estas *Las cifras del azar*.

Al comienzo, el azar como causa de encuentros que provocan la escritura: diarios que hallados de manera fortuita narran travesías de infortunio o desoladas agonías. Luego, el feliz encuentro que logra arrancarnos del paralizante hastío, de "la rutina infame que siempre da la espalda"<sup>2</sup>, como diría Jensen, el viejo amigo de Maqroll quien en un momento decide salir del juego. Pero a la vez constatar que cada vez que El Gaviero conjuraba la rutina con una nueva apuesta al azar, era inevitable comenzar a sospechar que

la reiteración del gesto con el cual pretendía liberarse del uso y la costumbre, despojaba al azar de toda su fuerza renovadora, para reconducirlo a la plana condición de que se había desprendido. Advertir, entonces, que el azar ocurre en un instante y allí donde se repite deja de serlo para instalarse bajo la égida de la rutina. Y en una vuelta más sobre el "abusivo azar", probar el riesgo que comporta y el modo en

que compromete el cuerpo del apostador. Aquel que se libra al azar se dispone a la incertidumbre de la contingencia. Puede o no suceder aquello a lo que apuesta; la duda sobre el final de la partida es lo que sostiene el juego. La incertidumbre se hace dueña de la escena porque ha ingresado el riesgo de perder. Es entonces cuando el cuerpo resiente los efectos de contar con lo que puede no ser; una suerte de expectación inunda y aguja los sentidos, la curiosa y tensa espera se resuelve en exaltación o desencanto... el peligro se siente. Pero hay un riesgo que una vez cumplido imposibilita una nueva jugada: la muerte misma. Dejar la prenda de la vida por un esquinazo de la suerte o ante una decidida apuesta, hace resonar los acentos trágicos de la obra de Álvaro Mutis. Quizá por ello mismo aquel que ha librado su existencia a pruebas poco comunes se va adiestrando en la disciplina de la anticipación: he aquí otra cifra del azar. El gaviero es quien trepado en la parte más alta de la nave escruta el horizonte, es el avizor, el que sabe antes que el resto de la tripulación lo que se

avecina: anuncia las tormentas, las costas a la vista, los cardúmenes vertiginosos<sup>3</sup>; el gaviero es la metáfora del poeta como visionario. Oficio que en Maqroll desborda su vida de marino, pues anticipa con igual justeza el

\* Texto leído en el lanzamiento del libro *Las cifras del azar. Una lectura psicoanalítica de la obra de Álvaro Mutis*, Santafé de Bogotá, Editorial Planeta, 1998. Museo de Arquitectura, Universidad Nacional, Abril de 1998.

1 Álvaro Mutis, *Tríptico de mar y tierra*, Santafé de Bogotá, Editorial Norma S. A., 1993, p. 55.

2 *Ibid.*, p. 35.

3 Álvaro Mutis, *La Nieve del Almirante*, Santafé de Bogotá, Editorial Norma S. A., segunda reimpresión, 1992, p. 123.

engaño que se apura en un rostro, la próxima separación de una mujer que se anuncia con su tierna condescendencia, el designio de muerte que se revela en una voz. Con ello arribamos al nudo mismo del azar que cambia un destino: sólo el encuentro que concierne al deseo puede transformarse en destino. Y los modos bajo los cuales lo concierne tienen la apariencia de ínfimos: un gesto, una mirada, una voz<sup>4</sup>... La voz de Larissa venida de un lugar recóndito, intocado, inconcebible, revoca la decisión inicial de Ilona; la voz del capitán que viaja a contracorriente por el Xurandó le informa a Maqroll, por anticipado, sobre su decisión última... no sus palabras, sí su tono de voz. Más allá de los personajes de ficción, la atenta escucha del poeta espera que la voz del río le done la cifra de su verdadero nombre:

Si oyes correr el agua en las acequias, [...]  
Si tienes la suerte y preservas ese instante [...]  
su voz callada, su gris acento sin aristas,  
y aguardas hasta que la luz haga su entrada,  
es bueno que sepas que allí van a llamarte  
con un nombre nunca antes pronunciado.  
Toda la ardua armonía del mundo  
es probable que entonces te sea revelada,  
pero sólo por esta vez.  
¿Sabrás, acaso, descifrarla en el rumor del agua  
que se evade sin remedio y para siempre?<sup>5</sup>

También la voz de la mina que le sopla al oído, al jefe de mar, la palabra "Amirbar", ordenando su retorno a la pródiga e ilimitada extensión marina. Y así finalmente, entonces, la voz que ordena. En *La Nieve del Almirante*, un episodio trivial de la vida de Maqroll nos deja sobre la pista del enorme ascendiente que puede cobrar la pura materialidad sonora. Cuando Maqroll piensa pedirle al autoritario militar una provisión de lápiz y papel para continuar escribiendo su diario nos ilumina con la siguiente reflexión:

"No me imagino solicitando ese favor tan simple y tan candorosamente personal al autoritario mayor, cuya voz aún está presente en mis oídos. No sus palabras, sino su acento metálico, desnudo, seco

como un disparo que nos deja inermes, desamparados y listos obedecer ciegamente y en silencio. Advierto que eso es nuevo para mí y que jamás había estado sometido a una prueba semejante ni en mi vida de marino ni en mis variados oficios y avatares en la tierra. Ahora entiendo cómo se lograron las arrolladoras cargas de los coraceros. Pienso si eso que solemos llamar valor no sea sino una entrega incondicional a la energía incontenible, neutra, arrasadora de una orden emitida en ese tono. Habría que meditarlo con mayor detenimiento"<sup>6</sup>.

Cuánta luz puede arrojar esa meditación sobre la cual Maqroll promete reflexionar más. Cuánta lucidez en época de ciegas servidumbres. Las obediencias que arrastran no sólo a sujetos, sino a pueblos enteros difícilmente se fraguan a fuerza de argumentos, que tan pocos los hay; las más de las veces se trata de una retórica elemental sostenida con un imperativo en que la voz ordena actos sin retorno. Cuántas veces la fascinación ante una voz otorga el poder de someter y sojuzgar. Tanta ruina, miseria, desastre y desolación a cuenta de lo que ya hace más de cuatro siglos fue denominado "la servidumbre voluntaria". Podremos acaso esperar que Maqroll reaparezca, trayéndonos la continuación de sus meditaciones, o podremos también volvernos sobre nuestra historia para interrogar los efectos de lo que neciamente consideramos fruslería.

Si he denominado a este libro *Las cifras del azar* no es sólo porque éste aparezca cifrado bajo los nombres del riesgo, de la revelación, de la anticipación, etc.; también es porque la cifra persiste como ignorancia en cada destino humano. Y si he dicho "lectura psicoanalítica", ahora sé que para el psicoanalista cobran plenitud las palabras de Freud, reconociendo en "los poetas valiosísimos aliados cuyo testimonio debe apreciarse en alto grado, pues suelen conocer muchas cosas entre el cielo y la tierra que ni siquiera sospecha nuestra filosofía"<sup>7</sup> Ψ

4 Ya nos dijo Poincaré: si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra.

5 Álvaro Mutis, "Si oyes correr el agua", en *Obra poética*, Santafé de Bogotá, Arango Editores, 1993, p. 281.

6 Álvaro Mutis, *La Nieve del Almirante*, Op. cit., p. 44.

7 Sigmund Freud, "El delirio y los sueños en *La Gradiva* de W. Jensen", en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, p. 1286.